

El autor de *Filosofía en once frases*

# Darío Sztajnszrajber



## El amor es imposible

Ocho tesis filosóficas

*Ariel*

Darío Sztajnszrajber

# El amor es imposible

Ocho tesis filosóficas

*Ariel*

Primera edición: octubre de 2023

© 2023, Darío Sztajnszrajber

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2023, Editorial Paidós, S.A.I.C.F

© 2023, Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3673-2

Depósito legal: B. 15.845-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



# ÍNDICE

FORMAS DE LEER ESTE LIBRO . . . . .	13
INTRODUCCIÓN. . . . .	15
TESIS 1	
El amor es imposible porque todos los amores no son más que una copia del único amor verdadero que es el primer amor y que además nunca existió. . . . .	21
TESIS 2	
Si el amor es imposible, discutamos lo imposible . . . . .	65
TESIS 3	
El amor es imposible porque es inefable. . . . .	105
TESIS 4	
El amor es imposible porque siempre es a destiempo. . .	145
TESIS 5	
El amor es imposible porque es incalculable . . . . .	185
TESIS 6	
El amor es imposible porque todo amor es siempre un desamor. . . . .	225

TESIS 7  
El amor es imposible debido a los condicionamientos  
institucionales del amor. . . . . 271

TESIS 8  
El amor es imposible porque el amor es el otro. . . . . 325

AGRADECIMIENTOS . . . . . 375

Algo se le debe haber destrabado con la enfermedad de mi papá. Cincuenta años juntos, pero sobre todo, cincuenta años de comulgar con un mismo proyecto existencial: desde tener el mismo posicionamiento ideológico hasta preferir mejor el bar de la otra cuadra porque con el café te dan un vasito de soda fría y no solo de agua. No era tanto el abrupto silencio de mi padre, su falta de respuesta constante debido al deterioro cognitivo, o simplemente su falta de acompañamiento en ese ir y venir de las pequeñas cosas cotidianas: el ya no estar para la queja por los ruidos de la vecina, para los problemas del ascensor, para indignarse por un chisme del programa de la mañana. De hecho, mi papá era alguien que en su mejor momento no dejaba de ser una persona más bien retraída, con algunos silencios que permitían entrever otros tiempos interiores, más calmos, lentos, como quien disfruta siempre un poco más de las cosas. No creo que mi madre extrañara ese diálogo asimétrico. La vi, con mi padre ya enfermo, hablarle como siempre lo había hecho: dando por supuesta la respuesta que iba a recibir, sabiendo de antemano cuál iba a ser su reacción. Casi como si no importara.

Mis padres estuvieron juntos más de cincuenta años en una pareja sin ninguna sorpresa, sin sobresaltos, con un preciso trabajo de disolución de cualquier riesgo. Rutinas propias de una generación que anhelaba lo seguro: el despertador a la misma hora todos los días, hacer las compras en los mismos comercios, la llamada telefónica esperada. Rutinas propias de alguien como mi padre que nació en el medio de la guerra inmerso en la incertidumbre diaria de quienes no sabían si iban a lograr sobrevivir al

día. Mi papá no tenía ninguna duda de su anhelo de felicidad: la tranquilidad de que todo se repita una vez más.

Aquello que mi madre más extrañaba era el corte abrupto de su principal deseo en la vida: viajar. Moverse. Nada había más rutinario como los viajes de mis padres, pero ya el cambio de una rutina por otra significaba para ellos un acto revolucionario. En un mundo donde todo es una ilusión, un artificio se mueve con otro artificio. Mis padres amaban viajar, aunque después no salieran de la habitación del hotel o se pasaran todo el viaje mirando la televisión. Grandes viajes y pequeños viajes: irse de tour por Europa o irse a caminar un rato por Parque Centenario.

Mis padres siempre constituyeron para mí una representación contundente del amor. Contundente. No solamente por su deseo aspiracional de encajar en absolutamente todos los mandatos del sentido común amoroso, sino por no mostrar ningún envés, ningún espacio a la duda, ningún arrebató. La historia prototípica, por no decir arquetípica, de subjetividades insertas en un esquema ordenado y previsible. Mis padres siempre han sido un modelo de construcción de la familia tradicional, pero sobre todo de la pareja ideal: un proyecto común, esto es, un matrimonio.

Nací en un hogar que prescriptivamente exigía una adecuación constante a la matriz familiar tradicional. Pero el problema nunca fue la tradición sino lo regulativo. Lo aspiracional básicamente establece una experiencia inauténtica de consumación afectiva. Inauténtica no por ambigua sino por segura. Lo artificial es suponer que afectivamente nos espera un lugar de realización. Mis padres eran sobrevivientes. Nacieron ya sobrevivientes. Su único gran deseo no podía ser otro que el de pertenecer. Y el esquema heteronormativo brinda todas las seguridades necesarias. Crecí en un hogar liderado por dos sobrevivientes que todas las noches agradecían el haber traspasado desde los márgenes hacia el interior. Todo resultaba contenedor. Todo está hecho con un objetivo de contención: cada fragmento ocupa su lugar debido y tiene todas las posibilidades de realizarse en su función.

Nunca los escuché discutir. Siempre asistí a esos pequeños besos cotidianos de inauguración y despedida del día. Nada más tranquilizante que la falta de obstáculos para el despliegue de las capacidades de cada uno: el padre yendo todos los días a trabajar, la madre criando a los hijos, las

cuatro comidas diarias, el televisor rigiendo la mesa de la noche, los niños siendo buenos alumnos, el cuidado de la salud a la corrección, el consumo inspirado en las publicidades dominantes. Y como todo espacio de legalidad institucional, el permiso obvio para la filtración de las ínfimas transgresiones que todo sistema también amerita: mi papá permaneciendo fuera de hora en el café jugando al dominó, mi mamá haciendo cursos de cine.

Incluso ya de adolescentes, los hijos escuchando al padre relatar alguna aventura sexual propia de los códigos aceptados por el dispositivo matrimonial tradicional. La heteronormatividad en toda su manifestación: el único propósito real es el sostenimiento de la institución familiar donde los roles no son los mismos y los derechos tampoco. O peor; nada es lo mismo, pero todo está naturalizado como si así lo fuera. La familia es una institución; o mejor dicho, una religión. Y el problema siempre es el mismo: lo normativo que se oculta presentándose como una instancia meramente descriptiva.

Las instituciones no reflejan ningún orden natural, porque nada es en sí mismo natural, ni nada es de por sí necesariamente de un único modo: las instituciones ordenan lo real. No describen: ordenan. Se presentan como expresión de lo dado, pero no hacen otra cosa que moldearlo, regularlo, enmarcarlo, insertarlo al interior de su necesidad e interés. Las instituciones sobre todo *prescriben* el orden; esto es, privilegian el sosiego de la armonía a la inquietud precaria del deseo.

Algo se le debe haber destrabado con la enfermedad de mi papá. No lloraba ni se desesperaba, pero se escindía. Se perdía con la mirada. Se lamentaba. Iba y volvía de sí misma a sí misma. Iba y volvía, pero nunca podía terminar de salirse. Cuando se pierden los lugares de seguridad no hay retorno: o buscamos aferrarnos denodadamente a lo perdido, o asumimos la anarquía emocional con riesgo. Pero mi mamá no comulgaba con el riesgo. O eso pensaba yo. En especial porque en esos meses aumentó considerablemente los fármacos para la depresión, para la ansiedad, para la angustia. Por suerte, pudo volver a hacer terapia y es cierto que algo en su corporalidad se había modificado. Cada tanto empecé a verla como parada sobre otro eje, con otro desglose de sus ideas, otro ritmo. Ese día

mientras tomábamos un café en la mesa de la cocina de su departamento, con la misma distancia y semifrialdad con la que siempre iniciaba conversaciones emocionalmente importantes, me sorprendió con las siguientes palabras: «¿sabés?, una vez me enamoré».

Sabía que no se refería a mi papá. Con motivo de algunos de mis desamores, pude empezar a ver algunas huellas que me entramaban en algún lugar familiar repetitivo. Recordé que, de chico, en la casa de mi abuela, me topaba con unas fotos de mi madre cortadas por la mitad. O sea, se la veía a mi madre, pero faltaba la persona con la que claramente ella estaba posando. Mi abuela solo me decía que *lo que faltaba* era un novio de mi mamá con el que se habían peleado y que por suerte había conocido *a tiempo* a mi papá.

*Lo que faltaba...* ¿Hay otra forma de amor que no sea la experiencia de una falta? *A tiempo...* ¿Por qué me dijo «a tiempo»? Eran muchas las fotos cortadas a mano y con algo de violencia. *A mano*. Menos con el objetivo de resguardar lo que quedaba de la foto y más con el gesto del enojo: siempre esas fotos recordarían la bronca del vínculo trunco. Mi mamá jovencísima y en blanco y negro. Sonriente como nunca más la vi. Nunca entendí la necesidad de tener *a mano* esas fotos en un cajón. Nunca entendí el deseo de no poder escurrirse aunque sea un poco del acontecimiento frustrado.

Creí que mi mamá se estaba refiriendo al novio cortado. En estos últimos años me fui enterando de toda la historia. O por lo menos de la versión de mi madre. En especial porque necesitaba poder explicarme a mí mismo y a mis fluctuaciones amorosas: vengo de un hogar idílicamente normal que sin embargo encubre un amor trunco. Lo encubre, pero lo deja a la vista para que su influjo sea determinante. La idealización del matrimonio perfecto del que supuestamente provengo deja relucir su artificiosidad: el verdadero amor de mi madre era otro. Siempre el verdadero amor es otro. De hecho, mi mamá y el cortado se iban a casar, pero a último momento el hombre decidió suspenderlo todo. Obviamente no hay en el relato versiones encontradas sino una víctima y un villano: un día el villano se arrepintió y abandonó a mi madre a pasos del altar (tres meses antes, pero a mi mamá siempre le gustaba contarle como que la dejaron a punto de casarse). El relato incluye también un viaje de mi

abuela al pueblo natal del novio abandonónico y la frustración de mi madre que casualmente en esas semanas posteriores conoce a mi papá. Una vez constatado el abandono del novio, mi madre conoce a mi padre y se enamora. ¿Tan rápido? ¿Por qué no? ¿Qué es enamorarse? Los sobrevivientes nunca dejan de ser sobrevivientes...

Pero mi madre me sorprendió y mientras sonreía por mi insistencia para que aceptara que se trataba del hombre de la foto cortada, volvió a la carga y se confesó. Fue la única vez que la escuché hablar así. «Me enamoré de un amigo de tu padre», me dijo. Mi papá estaba del otro lado de la puerta postrado en su cama casi sin conciencia rodeado de enfermeras. «No te voy a decir quién es, pero me enamoré». No modificó su rictus ni su cabeza siempre con el mentón un poco más subido de lo normal, con un aire de mínima arrogancia. Contame todo ya, le dije a los gritos. ¿Cogieron?

No era una sorpresa. Se trataba de algo más radical. Era la confirmación de la sospecha del artificio. Era la victoria definitiva sobre el dispositivo. Del hombre de la foto cortada a un amigo de mi papá. El ansiado anverso de la normalidad sofocante. Cincuenta años de amor, pero ¿cómo se relaciona el amor con las formas institucionales de su duración efectiva? La escisión se volvió ahora sobre mí. Una de mis facetas ansiaba casi con éxtasis comprobar el fracaso de las instituciones, pero otra de mis facetas vivía cierta perplejidad, cierto miedo. Siempre supuse que mi destino, mi errancia, mi tragedia, mi diáspora amorosa se relacionaba directamente con mi necesidad de romper con la matriz. Nunca dudé de lo artificioso del dispositivo, pero la clave, incluso para los que sostenemos el deseo de su resquebrajamiento, es que el dispositivo funcione bien. Mi entusiasmo por eso mismo era desbordante. No solo constataba que Dios era una quimera; sino que, de existir algo, lo único realmente existente era el Diabolo. Y no como fundamento del mal sino como fundamento del pecado. No se trata de hacer el mal sino de transgredir la norma. El artificio nunca es una cuestión moral sino política: la ineficacia de una institución puede ser la punta de lanza de la caída de todas las instituciones. En especial porque el Diabolo no quiere gobernar sino destruir. O más bien, deconstruir...

«Me enamoré de él. Pensaba todo el tiempo en él», comenzó a contarme. ¿Me lo estaba contando a mí o se lo estaba contando a mi padre? Mi

papá ya no podía escuchar. Percibí la disputa interior de una mujer que tenía que lidiar con una impresionante cantidad de dispositivos institucionales de normalización de roles, géneros, sentidos, fidelidades, comportamientos. Todo un aparato gigante de ensamblajes atravesando el cuerpo de una mujer que en algún lugar imprevisible pudo encontrarse con su deseo. Un deseo que en su disciplinamiento solo podía darse como imposibilidad. De nuevo, ¿cogieron? Ojalá todo se redujera a la posibilidad de cruzarse sexualmente con quién quisiéramos. Pero una vez más, no se trata del mundo de lo posible sino de lo imposible.

«Yo sabía cómo encontrarlo. Lo dudé mucho, pero un día me decidí. A las ocho de la noche cerraba su negocio, así que esa vez me hice la que pasaba de casualidad por ahí y mientras bajaba la persiana del local, me vio. Nos pusimos a hablar ahí mismo. Hablamos como una hora sin movernos de ahí». Ahí, ahí, ahí. La necesidad de mi mamá de encontrarle un lugar a lo ilocalizable. Al día de hoy sigo viendo en terapia mi manía de no poder sino preguntarle todo el tiempo lo mismo: ¿pero, cogieron?

Nunca me respondió. Su cara estaba encendida fuego. ¿Pero le dijiste que estabas enamorada de él?, insistí. «Él se dio cuenta de todo», me respondió, «charlamos una hora en la puerta de su negocio, ¿entendés? Fue increíble todo. Yo ya estoy hecha.» Le tomé la mano con muchísima ternura. De todo su cuerpo, sus manos eran para mí lo más reconocible. La acaricié con cierta presión, como al mismo tiempo agradeciendo su apertura y también apoyando su coraje. Creo igualmente que no le importaba mucho mi reacción. Tampoco entendí muy bien por qué me lo contó. O sí. Ningún relato más patente para comprender la imposibilidad del amor. Por un lado, el condicionamiento institucional, pero por otro lado la experiencia de lo imposible. La experiencia y la emergencia de lo imposible. Su narración, sus manos, su voz, el café tibio en la cocina, mi papá enfermo. No era una confesión sino un legado. Nunca creí que mi mamá me podía legar una verdad. Ahora es en lo único que creo...